

usted quiere morir.... ¡Qué desgracia, siendo tan joven y tan hermosa! Beba usted sin temor, yo no quiero verla sufrir; quiero que usted viva... ¡Tenga confianza en mí!

Sus ojos se encontraron.

Benedetta vió reflejada en los ojos de la negra, la piedad, casi la ternura.

Se veía toda una revelación en aquella mirada, una historia sombría de joven arrancada de su familia, con su hijo quizá, arrastrada hasta un mercado, vendida lejos de los suyos y de todo lo que amaba.

Benedetta, animada por aquella dulce mirada, tendió la mano á la pobre criatura, su carcelera, tomó el vaso de vino que la ofrecía y le bebió ávidamente.

La joven pensaba:

—Esta mujer tiene razón... yo no puedo morir... ¡Tengo un hijo! Si yo faltara, ¿quién le defendería?

VIII

Marido y amante.

Para explicar los acontecimientos que siguen, tenemos que volver atrás algunas horas.

Pedro Dantenac, después de su conversación con Matilde, en el hotel Mosés, había pasado la noche en claro; una noche de fiebre y de lucha consigo mismo y con las ideas de odio y represalias que se amontonaban en su cerebro turbado.

Aquella comedia que había representado le costaba un esfuerzo sobrehumano, pues su franqueza y lealtad repugnaban á tanta superchería; pero triunfó de sus nervios, y pudo guardar en el fondo de su alma la rabia y la indignación de que estaba poseído.

Matilde, por su parte, se mostró cariñosa y amable, á fin de adormecerle en la falsa seguridad en que aun le creía.

Al día siguiente, por la mañana, él se ocupó de los preparativos de su precipitado viaje; fué á recibir las órdenes del viejo Mosés, y, por último, á las seis y media, se dirigió á la estación de Orleans, donde le despidió aquella encantadora Matilde que había ido á acompañarle, sin duda para tener la completa seguridad de su partida.

Esa es la eterna precaución que toman los adúlteros.

Pero aquella vez los amantes no podían prever la intención del marido.

La orden del viejo Mosés era terminante.

¿Quién hubiera podido dudar de su cumplimiento?

Se trataba de un negocio enorme tan urgente como gigantesco.

Era indispensable la marcha de Pedro Dantenac, y el barón Mosés no toleraba que se discutieran sus órdenes.

Por otra parte, Matilde creía poseer la confianza ciega, absoluta, de aquel hombre que la idolatraba.

Iba á estar muy pocos días en París y era natural que en el arrebato de su pasión quisiera aprovecharse de aquellas horas de libertad que podía disfrutar.

Al volver de la estación de Orleans, encantada de su libertad, se dirigió á su casa y eligió una de esas *toilettes* delirantes que pueden volver loco á un amante, y provocativa, deliciosa, hermosa con su belleza voluptuosa y juvenil, aumentada por las sutilezas y refinamientos del lujo parisien, se hizo conducir al mismo restaurant mundano donde Caussédé había conducido una vez á Benedetta, muerta de hambre.

Su amante la esperaba.

Pedro Dantenac, después de dejar á Matilde en la sala de espera de la estación y abrazarla con engañosa efusión de ternura, pudo, observándola con precaución, convencerse de que se alejaba en el carruaje que el barón ponía á su disposición durante sus breves permanencias en París.

Entonces, como viajero que cambia de pensamiento, salió á su vez de la estación y tomando un coche de alquiler, se dirigió al hotel Louvois, donde Marieta Soubére le esperaba.

Serían próximamente las siete y media de la tarde.

Se hubiera podido creer que algún genio misterioso le revelaba los proyectos de Matilde.

Veinte minutos después dejaba á Marie-

ta, pretextando un asunto urgente, para ir á emboscarse con su coche en la esquina de la calle del Circo y la avenida Gabriel.

Estaba resuelto á todo, y sin embargo, no llevaba encima arma alguna.

¿Para qué?

No premeditaba un asesinato, ni siquiera la venganza.

Lo que quería era sorprender á los culpables, ponerse con ellos frente á frente, y entonces, ¿qué haría?

Ni él mismo lo podía decir.

La calle del Circo es muy silenciosa; pasa muy poca gente, y los que en ella viven rara vez salen á pie.

Desde donde estaba veía los faroles alineados á lo largo de la acera hasta las calles del barrio de Saint-Honoré.

Delante de la puerta de Matilde, el carruaje que le había conducido hasta la estación estaba parado todavía.

¿Qué hacía Matilde?

¿Estaría sola?

Pedro Dantenac se vió acometido de un furioso deseo de subir á aquella casa y asegurarse de la presencia de Jacobo Mosés.

Pero se contuvo.

Tenía pocas probabilidades de acertar y temía comprometer el éxito.

Una vez prevenidos, sería imposible sorprender á los culpables.

Además; el marido que trata de sorprender á su mujer en flagrante delito,

no puede ser más que ridículo ó terrible. Hacía cuarenta y ocho horas que esperaba aquella ocasión, y no quería estropearlo todo en un momento.

Con la cabeza ardiendo, sin poder coordinar las ideas, con los nervios excitadísimos, Pedro Dantenac se resignó á tener paciencia.

Aquella paciencia no fué infructuosa.

Algunos momentos después, Matilde salía precipitadamente de su casa, subía al carruaje que la esperaba y se dirigía al trote largo por el barrio de Saint-Honoré.

El cochero debía saber á qué atenerse.

El carruaje del marido se puso en persecución del de la joven.

Afortunadamente, el caballo que conducía á Pedro Dantenac era una de esas bestias valientes que un fustazo hace estremecer, y que, á pesar de su aspecto miserable, conservan su vigor hasta exhalar el último aliento.

Al principio, Pedro Dantenac creyó que Matilde se dirigía al hotel Mosés.

Pero el coche pasó sin detenerse delante de la monumental portada, con las iniciales del barón enlazadas debajo de una corona labrada en piedra, y continuó su camino hacia la calle Real.

Allí torció á la izquierda y se dirigió á los boulevares.

¿Dónde iba?

El marido no tardó en averiguarlo.

Cuando el alquilón que seguía al ca-

rruaje de Matilde, á cincuenta metros de distancia, estuvo á la altura de la calle Laffitte, Matilde acababa de detenerse en la esquina de esta calle y ganaba á pie los escalones que conducen á los gabinetes particulares del Dorado, mientras que el carruaje vacío pasaba al lado del coche, desde donde el marido presenciaba todos los detalles de esta escena, que le sumió en un profundo estupor.

El cochero de los Mosés, un inglés de rostro sanguíneo, adornado con cortas patillas, sonreía como diciendo:

—¡Buena escena se prepara!

El corazón de Pedro Dantenac le saltaba en el pecho.

No suponía en los culpables tanto atrevimiento y tal exceso de impudor.

Los mismos criados estaban al corriente de lo que pasaba. Matilde no tomaba ni las más elementales precauciones. No hacía misterio de su infamia, al contrario, parecía vanagloriarse de ella.

Entonces no fué solamente el amor de Dantenac el que se vió escarnecido y muerto, fué también su orgullo.

¡Cómo debían burlarse de él, despreciarle y escarnecerle!

¡Cómo debía reirse de él toda la canalla servidumbre!

¡Qué historia aquella para contada en las cocinas y en las porterías!

¡Aquel nombre de Dantenac, siempre tan honrado, cuántas rechiflas debía provocar entre la turba de lacayos, que le

creerian tan vil y tan miserable como ellos!

Poco á poco la cabeza del desgraciado se fué caldeando como el agua puesta en una marmita á un fuego muy vivo, que al principio hace subir algunas burbujas á la superficie y enseguida rompe á hervir ruidosamente.

Una idea fija se apoderó de su cerebro.

A algunos pasos de él, en el boulevard, resplandecían los escaparates de un bazar.

Era una exposición suntuosa de objetos de China y del Japón.

Entró y compró dos juguetes, dos cu-chillitos parecidos á las facas catalanas; pero de menores dimensiones.

De nueve á diez, el coche de Dantenac permaneció firme en su puesto, mientras que el desgraciado marido no apartaba los ojos de la puerta por donde Matilde había desaparecido.

Por fin, un criado del restaurant que había salido apresuradamente á buscar un cupé de uno de los casinos inmediatos, abrió la puerta, con una solicitud que se guarda siempre para los parroquianos que saben dejarse el dinero.

Apareció Matilde inquieta, roja de placer, pero no iba sola.

La acompañaba un hombre alto, nervioso, moreno, á quien el criado saludó profundamente.

Era Jacobo Mosés.

Se instaló con su querida en el cupé y á

las diez y cuarto se bajaban en la puerta de la casa de Matilde.

Emboscado en su coche, Pedro Dantenac los vió como entraban tranquilamente en la casa, cerrándose la puerta tras ellos.

En aquel momento el marido bajaba á su vez de su alquilón.

Tenía necesidad de aire.

Su pecho se levantaba como el fuelle de una fragua.

¡Allí estaban!

¡Por fin!

Despidió al cochero, pagándole generosamente, vagó un instante bajo los árboles de la avenida con la mirada fija en aquella puerta, y de pronto, incapaz de contenerse por más tiempo, corrió y llamó.

La pesada puerta se abrió en seguida.

Pedro Dantenac atravesó el portal rápidamente, saludando con la mano al portero, que, ocupado en jugar á las cartas con algunos amigos, había vuelto la cabeza para ver quién entraba, según su costumbre.

La aparición del marido de Matilde produjo en el imponente funcionario el efecto de la cabeza de Medusa.

Uno de los jugadores, cochero del inquilino del primer piso, dijo riendo:

—Me parece que los tortolitos van á tener una sorpresa poco agradable.

El portero llamó con voz apagada:

—¡Estefanía!

Pero Estefanía estaba ausente.

—¿Está arriba el barón?—preguntó un ayuda de cámara al portero, que perdía la cabeza.

El interpelado contestó con un signo.

—Entonces es necesario advertirle.

Esto era más fácil de decir que de hacer.

—Demasiado tarde—declaró el cochero, que participaba de la opinión del lobo de la fábula: «Tu enemigo es tu dueño.»

—Si usted quiere creermelo, no se mueva, como dicen en las fotografías. Después de todo, no nos importa. ¡Que se las arreglen como puedan!

En efecto, ¿qué podía hacerse?

Nada.

Pedro Dantenac había subido la escalera en un instante. A la puerta de su habitación se detuvo y reflexionó.

Sus reflexiones apenas duraron dos segundos.

Era de los que enfrente del peligro recobran toda la serenidad y le abordan de frente con la seguridad de la fuerza y la tranquilidad del verdadero valor.

El cochero, que estaba en la portería, tenía razón.

Era demasiado tarde para advertir al barón Jacobo Mosés.

En el momento en que aquello decía, el marido abrió la puerta con las mismas precauciones que había empleado dos días antes.

La habitación de Matilde estaba á la

extremidad de un pasillo, al otro lado de los salones.

Aquella habitación estaba alumbrada por una lámpara velada por preciosos encajes que tamizaban la luz y dejaban muebles y paredes en una discreta penumbra.

La joven no había tomado ninguna precaución. Se creía al abrigo de todo peligro.

Las puertas estaban abiertas.

Únicamente las colgaduras de seda y terciopelo cerraban la puerta de su habitación.

Jacobo Mosés, extendido en una meridiana, con la cabeza apoyada en los cojines de la cabecera, asistía á los preparativos del tocado de noche de su querida, en una postura perezosa, con la alegría del artista que contempla una obra de arte y la admira en todos sus detalles.

De cuando en cuando consagraba alguna frase galante á la hermosura de aquella mujer, verdaderamente extraordinaria.

—Sangre de Cristo, como diría Causse-dé, ¿estás esta noche descompasadamente bonita!

—¿Te parece así?

—Te aseguro que me gustaría sobremanera poder llevarte del brazo por la calle, ó por lo menos estar contigo en los salones del Dorado, en lugar de encerrarnos en un solitario gabinete. En el amor de los hombres entra mucho la vanidad,

¡Cuántos envidiosos hubiera tenido!

—Al menos eres franco y no tratas de disfrazar la verdad.

—¡Para qué, tonta!

—¿De manera que si tú me quieres es únicamente por vanidad?

—Por vanidad, ciertamente, y debes estar orgullosa de ello.

En un momento en que ella pasaba cerca de la meridiana, él la atrajo hacia sí, cogiéndola por un pliegue del peinador, y en un arranque de pasión le dijo:

—Te quiero por todas las razones que pueden hacer que una mujer sea querida... porque eres soberanamente apetecible y porque me atraes como ninguna otra mujer puede atraer á su amante... Eres hermosa hasta inspirar el crimen.

La joven sonrió con malicia.

—Pues precisamente ahora está usted cometiendo uno bien grande, señor mío; tú faltas á todos tus deberes... como yo falto á todos los míos.

Y suspiró largamente, con coquetería.

Su pecho, amplio y firme, hizo levantar la ligera tela del peinador.

—¡Oh, los deberes!—dijo Jacobo Mosés con una mueca despreciativa.—¿Quién se ocupa de ellos? me pregunto. Y, además, ¿esos deberes existen? Mi mujer se ha casado conmigo por mi dinero, como el señor Dantenac se ha casado contigo por el tuyo.

Ella le interrumpió.

—¡No nos ocupemos de los ausentes!

Y añadió, cambiando de conversación:

—Dime, ¿á tí te parece que Causседé es tan franco como aparenta?

—Mujer, tú desconfías de todo el mundo... ¿Desconfiar de Causседé!...

—¿No has observado nunca en él cosa alguna que pueda hacer sospechar?

—¡Nunca! ¿Qué más se le puede pedir? ¡Siempre contento! ¡Siempre cariñoso! ¿Por casualidad tienes alguna queja contra él?

—Nada absolutamente. Conmigo ha estado siempre amable y delicado.

—Entonces, ¿por qué dices eso? Y además, ¿qué podría hacernos? Los Mosés, tú misma lo ves, somos fuertes como la roca, inatacables. Lo dominamos todo y no tenemos miedo á nada... ¡Causседé! está muy satisfecho de nuestra intimidad, se le mima, se le acaricia, manda aquí casi tanto como nosotros. Su situación es agradable, muchos le envidiarían, á fé mia.

Cogió por las dos manos á la joven, que estaba de pie delante de él, y bajando la voz, la dijo:

—Dejemos á los otros y ocupémonos de nosotros mismos. Espero que estarás entre nosotros algunos días.

—Lo más que pueda... hasta que tú digas que me marche.

—Entonces no te marcharías nunca.

La joven fué á contestar, pero se volvió vivamente.

—Parece que he sentido pasos—dijo.

—¡Ilusión!

Sin embargo, la joven prestó atención.

—Nada —murmuró,— puede que me haya equivocado, ¡pero he tenido un miedo!...

De pronto se sujetó nerviosamente á su amante.

—No me equivoco—dijo,—¡ese ruido!...

Corrió á la puerta, pero en el momento en que iba á franquearla, las pesadas colgaduras se levantaron, y Matilde lanzando un grito de espanto retrocedió en la habitación.

Pedro Dantenac estaba delante de ella.

Jacobo Mosés se levantó á medias en su meridiana, y muy flemáticamente recobró su posición.

Sin embargo, había motivo para asustarse.

Dantenac, con la cabeza desnuda, los cabellos en desorden, pálido de cólera, el chaleco desabrochado y la corbata clara casi deshecha, contemplaba fijamente á los dos amantes con expresión amenazadora.

Matilde, asustada, se había colocado delante de su amante, dispuesta á defenderle con su cuerpo, si el marido ultrajado trataba de hacerse justicia.

Dantenac permaneció un momento inmóvil, estudiando el terreno antes de tomar una resolución.

La habitación era muy grande, con un balcón y dos ventanas al patio.

La cama, ancha y baja, ocupaba una gran parte, cubierta por una espléndida

colgadura de seda y encajes artísticamente combinados.

Algunas sillas, un escritorio con esquinazos de bronce dorado y otros muebles adosados á las paredes ocupaban casi todo el espacio, no dejando libre más que un trecho delante de la chimenea.

Allí era donde estaba la meridiana sobre la que descansaba Jacobo Mosés, descuidadamente vestido con un traje azulado.

El amante no perdió por un momento la tranquilidad, al menos aparentemente.

La mujer, al contrario, estaba completamente trastornada.

Los ojos de Pedro Dantenac lanzaban reflejos sombríos; sus labios se apretaban con rabia y sus dientes se cruzaban con rechinamientos nerviosos.

El fué el que rompió el silencio, diciendo con voz baja y alterada:

—No contaban ustedes conmigo, seguramente, ya lo yeo. Perdón si he venido á interrumpiros, pero, tenemos que hablar...

Jacobo Mosés contestó tranquilamente:

—Como usted guste.

Y esperó sin hacer el menor movimiento.

Pedro Dantenac cerró la puerta con cuidado, corriendo el cerrojo; cogió una linda silla dorada, y sentándose en ella á horcajadas, apoyó los brazos en el respaldo y dijo:

—Creo que no tengo mucho que decir...